

## CAPÍTULO 11: LA VIDA, SIN JESÚS, ES UN DESPERDICIO

Cuando Cristóbal Colón inició su expedición, no sabía a dónde iba. Y llegó al Nuevo Mundo. No sabía dónde estaba, y cuando regresó, no supo dónde había estado. Pienso que sería bueno meditar hoy en esto, en términos de nuestros propósitos y objetivos como cristianos.

¿Hacia dónde vamos? Mientras más lo pienso, más me focalizo en una sola idea. Me impresiona pensar, que los propósitos de nuestra vida se reduzcan a un solo asunto. Vayamos a la epístola a los Filipenses, para descubrir a qué quiero referirme.

Aquí habla el gran apóstol Pablo. Él se compara con otros que estuvieron haciendo lo mismo, lo cual no es inteligente, pero él recurría a esta táctica a veces, para comprobar cierto punto de vista. En este caso, dijo: “Aunque no tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más. Circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos. En cuanto a la ley, fariseo.

En cuanto al celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia de la Ley, irreprochable”. (Filipenses 3:4).

En verdad, el apóstol tenía un extraordinario expediente, ¿no lo cree usted? Pero entonces fue al meollo del asunto, algo que había empezado a comprender en el camino a Damasco.

“Pero lo que para mí era ganancia, lo he considerado pérdida por amor de Cristo. Y más aún, considero todas las cosas como pérdida, por el sublime valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por él perdí todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no en mi propia justicia, que viene por la Ley, sino en la que es por la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios por la fe. A fin de conocer a Cristo”. (versículos 7-10).

Quisiera decirles que éste es el blanco; debería serlo de cada iglesia cristiana. Mi blanco personal como pastor es conocer a Cristo por mí mismo, y ayudar a tantos como pueda, dentro y fuera de la iglesia, también para lograrlo. Conocer a Cristo íntimamente, relacionarnos estrechamente con Él, ¡éste es el meollo del asunto!

Ahora bien, quisiera señalar que hay muy buenas y sólidas razones, para creer que éste es el blanco ideal, y por qué todo lo demás termina aquí. En primer lugar, cuando Jesús vuelva, eso será lo único que habrá valido la pena. No habrá nombres famosos, ni logros, ni éxitos, nada. Ni un magnífico currículum de vida, moralidad, buenas obras, nada. No habrá nada que realmente valga entonces, excepto esto: ¿conozco a Jesús?

Otro motivo realmente importante por el cual conocerlo, es que en primer lugar, aquí radica el problema del pecado y de la salvación. El pecado manchó el universo, no por causa de una conducta inmoral, sino porque alguien creyó que era suficientemente capaz de cortar su relación con Dios. Este es el verdadero origen del pecado. Lucifer decidió seguir solo; quiso independizarse y separarse totalmente de su estrecha relación con Dios.

¡Qué actitud tan estúpida: separarse de su Hacedor, de Aquel que le mantenía latiendo el corazón; de Aquel que lo ha seguido manteniendo vivo desde entonces!

No olvidemos que la paga del pecado no es precisamente lo que llamamos muerte. Si eso fuera cierto, el demonio ya habría muerto hace muchísimo tiempo. El ya habría muerto de cáncer, de endurecimiento de las arterias, de problemas renales, y de tantos otros males. Sus dientes se le habrían caído ya. Pero Dios ha mantenido latiendo su corazón con algún propósito; y si él

permite que vayamos al descanso de la muerte; que es sólo un sueño, es porque probablemente 70 u 80 años es todo lo que podemos aguantar, en este planeta enfermo.

Por eso, cuando se trata de la salvación, el cristiano es aquel que conoce a Jesús. “Y ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien tú has enviado”. (Juan 17:3). No olvidemos por qué el mundo los llamó cristianos la primera vez. Porque es de lo único que podían hablar y pensar.

Hay otra razón fundamental por la cual conocer a Jesús, tiene que ver con este conocimiento que es el fundamento de la fe. La mejor definición de fe, en el Nuevo Testamento, es confianza. Para confiar en alguien, hay que conocerlo, de ahí que conocer a Jesús es la base de la fe en él.

Otra razón fundamental, verdaderamente básica, por la cual conocer a Dios, la constituye el fundamento de la seguridad de la vida cristiana. “Este es el testimonio: Que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida”. (1 Juan 5:11-12). Uno de los principales problemas de la iglesia cristiana es la falta de seguridad, y este hecho ha devastado a la Iglesia Adventista. Una de las razones principales por las cuales hay tantos adventistas que se sienten inseguros, es que nuestro principal énfasis ha sido siempre la moralidad y la conducta; y cualquiera que sea medianamente inteligente, sabe que nadie puede comportarse tan bien como para merecer la entrada en el reino de Dios. El único currículo de vida que cuenta es el de Jesús. Cuando nos miramos a nosotros mismos, nos damos cuenta de que no tenemos la más mínima posibilidad de ser salvos; pero cuando miramos a Jesús, nos llenamos de valor y confianza. De manera que, conocer a Jesús es la única base de nuestra seguridad.

Otro motivo fundamental por el cual conocer a Jesús, es que Él es la fuente de la justicia. La única persona que está a favor de la justicia es aquella que conoce a Dios, porque de él proviene toda justicia. Conocer a Jesús cada día significa aceptar su gracia, y una vez más, aceptar su gracia es el único fundamento de la salvación. Pero esto debe suceder más de una vez; tiene que haber más que una primera vez. Nada hay nada más importante que permanecer en Él. De manera que obtenemos justicia de dos modos: primero, su justicia para nosotros, lo que llamamos justificación; y segundo, su justicia en nosotros, que actúa en nuestras vidas, lo que llamamos santificación. Conocer a Jesús, constituye la fuente de ambas justicias.

Conocer a Jesús es básico, porque este ejemplo nos lo dio el propio Jesús. Él conocía a su Padre de una manera tan íntima, que Dios obraba en su vida. (véase Juan 14:10). Jesús promete hacer lo mismo por nosotros, de tal manera, que como dice Pablo, ya no seamos nosotros sino él quien viva en nosotros. ¿Es explicable esto? Ni siquiera el apóstol Pablo pudo hacerlo, aunque lo intentó. Pero si bien no podemos explicarlo, sigue siendo verdad. Cristo realizó su obra gracias a la ayuda del Padre. Sus palabras provenían de Él. Su hermosa vida fue el resultado de la intervención de su Padre. Nosotros tenemos esta misma oportunidad, mediante la obra del Espíritu Santo.

Y por último, conocer a Jesús, es la motivación para el servicio. Es la motivación para la mayordomía de nuestro tiempo, nuestros talentos y nuestro dinero. Recuerdo el comentario de uno de nuestros pioneros que realmente me impresionó: “Cuando la luz y el amor de Jesús iluminen los corazones de sus seguidores, nunca llegará la ocasión en que se necesite urgir o rogar por su dinero o su servicio”. De manera que si nos levantamos y usamos nuestro tiempo, para urgir y rogar a la gente a que dé su dinero a su servicio, estaremos, ni más ni menos, admitiendo el fracaso. “Cuando ellos sean uno con Jesús, rendirán las cosas que le pertenecen a él, con corazones alegres, agradecidos y llenos de fidelidad constante”. Me gusta esto. Y éste es mi blanco personal, en relación con los motivos que impulsen mi mayordomía y mi servicio.

Pero hay un problema que debemos considerar: el misterio de la conversión. Hay evidencias, de que solamente una minoría de miembros de la iglesia cristiana está convertida.

Quisiera que esto no fuera cierto, pero es un problema real y delicado. Esta es una de las razones por las cuales personalmente me sigo sintiendo conturbado y frustrado al estudiar, investigar, pensar y orar, concerniente a este tema. No hay manera de que una persona pueda realmente conocer a Dios y a Jesucristo, si no está convertida. No cuenta con los recursos para hacerlo. ¿Por qué hemos descuidado este tema, y seguido adelante con otros sustitutos, en lugar de conocer a Jesús? Vayamos a la base de lo que constituye el punto inicial en nuestra intención de conocer a Dios: la conversión.

Primero pensemos en todos los sustitutos, Pablo tenía sustitutos hasta que se encontró con Jesús en el camino a Damasco. Veamos una vez más, el texto citado al principio de este capítulo. El primer sustituto presente en la lista de Pablo, en este pasaje, es su herencia. Provenía de buena estirpe. Pero ¿cómo calificó aquello después de encontrar a Jesús en el camino a Damasco? Como basura. En realidad, la palabra original no era basura. Pablo usó otros términos. Y hay versiones de la Biblia que usan vocablos aún más atrevidos. Pero me voy a quedar con esta versión más discreta. Nunca pensé que Pablo fuera tan audaz, pero tenía un carácter bastante fuerte. Él dice que hasta el mejor abolengo, sin Jesús, es basura.

El segundo sustituto que localizamos en este pasaje tiene que ver con ritos y ceremonias, entre ellos, la circuncisión. No sé cuánto pensamos en esto hoy. Me gustaría un día de estos preparar un sermón al respecto, porque es un tema significativo. Se remonta a los tiempos de Abrahán, donde nos encontramos con un símbolo, y el hecho de procrear a un hijo con nuestros propios esfuerzos. El rito de la circuncisión, lejos de ser meramente una práctica de salud y purificación, era un símbolo de algo mucho mayor. En su estado natural, Abrahán fue capaz de procrear un hijo, pero este estuvo lejos de ser el hijo de la promesa. La salvación tenía que venir totalmente de Dios, no de su propia carne. Por eso, Dios eligió la circuncisión como símbolo de la justificación por la fe.

Pablo descendía de la estirpe correcta, su herencia era pura, y también las ceremonias. ¿Cuál sería la contraparte moderna? El bautismo. “Estoy bautizado”. Pero si no conozco a Jesús, es basura. “Tengo el certificado que acredita mi bautismo”. Basura. “Fui confirmado. He cumplido todos los requisitos”. ¡Basura!

Entonces, Pablo coloca algo más en la lista. “En cuanto a la Ley, fariseo”. En los días de Cristo, había dos grupos de personas: los fariseos y los saduceos. Ambos eran legalistas, porque vivían separados de Dios. Ni siquiera reconocieron a su Hijo. Al llegar aquí, necesitamos ser muy cuidadosos. Hay dos clases de legalistas: legalistas negros y legalistas rojos. El legalista negro era el fariseo que basaba su seguridad en las normas, reglas y reglamentos que la iglesia sostenía. El legalista rojo era el saduceo, representado por la mujer vestida de rojo, y llena de joyas descrita en Apocalipsis. Los legalistas rojos eran los saduceos de los días de Cristo, los que basaban su seguridad en las reglas, normas y requisitos de la iglesia, las cuales abandonaron. ¿Y dice no ser legalista? Eso es precisamente, aunque de otro color; así de sencillo. Y sorprende saber cuántos “liberales” de la iglesia de hoy, podrían estar anunciando una nueva clase de legalismo.

¿Por qué? Porque tanto los fariseos como los saduceos

tenían su atención puesta en las normas y reglamentos. Un grupo los sostenía, el otro grupo los abandonaba. La persona que vive su vida separada de Jesús ya sea roja o negra, sigue siendo un legalista. ¿Me explico? Si más personas pensarán cuidadosamente, en lugar de reaccionar simplemente contra algunas reglas de las cuales están cansados, descubrirían cuán obvia es su conducta.

El apóstol Pablo no era un legalista rojo. No era saduceo. Él lo aclaró; si se trataba de fariseísmo y ley, él era uno de los más grandes. Él era un legalista rígido de la especie más pura. Pero todo eso era basura separada de Jesús.

Él añade algo más a la lista. Era celoso. Indudablemente es posible ser celoso apartado de

Cristo. Hoy hay personas tan celosas, que harían todo lo posible por destruir a la iglesia. Cuando se trata de celo, hasta persiguen a la iglesia. El celo falso no empieza ni termina con el apóstol Pablo. Los celosos han llevado a la muerte a millones de mártires. Y eso mismo puede suceder dentro de nuestra iglesia hoy.

Pablo menciona la justicia exterior, y dice que ésta y el celo también son basura. Si las buenas obras no son el resultado de conocer a Jesús, son basura tanto como cualquier otra cosa en lo que concierne a Dios.

Quisiera mencionar algunos sustitutos, si me lo permiten, porque creo que son inherentes en las Escrituras.

Confiar en Cristo para la salvación. Si “confiar” no es más que palabras y asentimiento mental, y no el resultado de una relación diaria con Jesús, es un sustituto en nuestro conocimiento de Dios.

- ¿Es usted cristiano?

-Sí.

- ¿En qué basa su salvación?

-Confío en Jesús para mi salvación.

- ¿Pasa usted todos los días un tiempo con Jesús?

-No. No tengo por qué hacerlo. Eso es legalismo.

¡No! Algo que suena tan bien: - “confío en Jesús para mi salvación”, no es más que basura si usted no conoce personalmente a Jesús. Son palabras, eso es todo. Palabras.

Alabar a Dios. Ahora entro en un terreno delicado. Pero es la verdad. Alabar a Dios, o participar en los cultos de adoración, dejándose llevar por la euforia, si no lo conozco regularmente, es basura.

La religión del intelecto, como cuando Pablo dialogó con los atenienses en la colina del Areópago, es basura.

Pablo fue a Corinto después de eso, y dijo: “Porque me propuse no saber nada entre ustedes, sino a Jesucristo, y a este crucificado”. (1 Corintios 2:2)

¿Qué queremos decir cuando hablamos de conocer a Dios? La Biblia dice claramente que es nuestro privilegio, y estamos invitados a hacerlo, dedicar tiempo, cada día, para estar a solas con Jesús, como hacemos para alimentarnos. De eso se trata. No estamos hablando en términos de simplemente levantarnos por la mañana y decir: “Yo creo en Jesús”. No, aquí estamos hablando de dedicar un tiempo de calidad, por lo menos la misma cantidad de tiempo que empleamos al tomar nuestros alimentos, a estar a solas con Jesús, en un encuentro personal y privado, día tras día. Hacerlo no significa que lo conocemos, pero sin duda no lo conoceremos si no hacemos esto.

Permítanme terminar con la apasionada apelación de Pablo, que es notablemente clara. “Pero lo que para mí era ganancia, lo he considerado pérdida por amor de Cristo. Y más aún, considero todas las cosas como pérdida por el sublime valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor”. (Filipenses 3:7-8). Y luego añade: “A fin de conocer a Cristo”. (versículo 10). No basta saber acerca de Cristo, hay que conocer a Cristo. Este es mi deseo. ¿Es también el

suyo? Yo necesito esto por sobre todas las cosas, y lo deseo fervientemente tanto para usted como para mí.

Pronto, uno de estos días, los cielos se abrirán y veremos a Jesús a la derecha de Dios. Vendrá rodeado de millones de ángeles, entre los cuales estará el que lo ha cuidado a usted desde que nació. Cuando vea el rostro de Jesús, será maravilloso poder decirle: “¡Yo te conozco...!” Pero mucho más sublime será escuchar decir, mirándolo fijamente a usted: “¡Yo también te conozco!”

Y ese día, eso será lo único que importe. Todo lo demás, carecerá de valor... pero hoy, también es lo único que importa. Amén.